



Apunte 16 / 2021

9 Agosto 2021

## **Libertad sin ira, libertad**

### **Algunas valoraciones a raíz de los sucesos del 11J en Cuba**

**Yoandy Izquierdo Toledo<sup>1</sup>**

El mes de julio siempre ha sido mi favorito: verano, vacaciones, el mes en que mis padres me trajeron a este mundo, mi primera graduación en una Universidad, el nacimiento de mi primera sobrina, mi matrimonio civil. Todos ellos motivos de infinita alegría, solo opacados por este 11 de julio que debería pasar a llamarse, desde ahora, el Día de la Dignidad Nacional.

Ya lo venía expresando el sufrido pueblo cubano. La crisis sobre crisis lo alertaba. Las medidas de los últimos tiempos lo iban catalizando. Pero los servidores públicos, ajenos a los signos de los tiempos, y desapegados del corazón del pueblo, parecían ajenos a la realidad que podía convertirse en un detonante para la libertad. Y esa fue la llama que prendió el 11J: disfrutar el valor de la libertad sin haber llegado a ella, pero conscientes de que ese es el inevitable camino. Quien intente negar este derecho recae en el oprobio de obviar la esencia de la persona humana y su dignidad.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Microbiología. Máster en Bioética por la Universidad Católica de Valencia y el Centro de Bioética Juan Pablo II. Máster en Ciencias Sociales por la Universidad Francisco de Vitoria (Madrid). Miembro del Consejo de Redacción de la revista "Convivencia". Responsable de Ediciones Convivencia.

Por mucho que el gobierno hable mal de las manifestaciones populares iniciadas el pasado domingo, hubo más gritos de libertad que tiendas saqueadas. Libertad es la palabra de orden. Las traducciones son otra cosa, sobre todo cuando se quiere ocultar la verdad, que en esta hora de Cuba ya es imposible. Remitirnos a Martí, ese que ha sido tan usado a conveniencia de unos y otros, es como leer el Evangelio del civismo en Cuba. Que él hable también por nosotros, y con nosotros, porque en estos momentos críticos y decisivos la fuerza de su palabra nos empuja a hacerla letra viva: “Amamos a la libertad porque en ella vemos la verdad. Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario”.

Hay tres cosas que ningún cubano de a pie desconoce, por mucho que se intente tildar de “confundidos” a los manifestantes: el móvil que condujo a la primera protesta -impulsora del resto-, el contenido de las principales demandas, y la forma en que fueron concebidas.

La crisis generalizada, con profundo énfasis en el sector sanitario y de la alimentación y los servicios, es insostenible. No hace falta más móvil, por mucho que se intente buscar protagonistas o culpar al histórico enemigo del norte. El propio Martí lo decía: “Donde no hay equidad ni respeto a todas las opiniones no hay patria sino una dictadura”. Ello basta para que el más común de los ciudadanos venza la barrera del miedo.

El principal contenido de las demandas se resume en la palabra libertad. Ella abarca todo. Ha sido la principal. Tanto así como que no ha sido mencionada en los discursos oficiales. Los llamados “disturbios” en decenas de ciudades a lo largo de la Isla han demostrado que la sepultura o ignorancia de la opinión diferente tiene un límite, que el cansancio acumulado desemboca a veces en lo que no queremos, pero que fluye solo, y prende la chispa, y que el aire de libertad una vez que sopla, es difícil de detener. El propio Martí nos recuerda: “Quien esconde por miedo su opinión, y como un crimen la oculta en el fondo del pecho, y con su ocultación favorece a los tiranos, es tan cobarde como el que en lo recio del combate vuelve grupas y abandona la lanza al enemigo”. Y Cuba ha demostrado este 11J que, entre tantas pérdidas, también se ha perdido el miedo.

En un país donde el derecho a la manifestación es un delito parecía imposible todo lo que hemos visto en las calles cubanas durante estos días. La forma violenta en que se han desarrollado varios acontecimientos es inaceptable, venga de donde venga. Nunca apoyaré la violencia como respuesta, mucho menos como camino a seguir tal y como las más altas autoridades han sugerido. Estamos hartos de discursos de odio, de dividir al pueblo en bandos, de enfrentar a unos con otros y destilar rencores sin tener la humildad de reconocer errores, llamar a la paz y mostrar la rosa blanca.

La violencia engendra más violencia, pero algunos olvidaron esa verdad de Perogrullo cuando votaron sí a la Constitución de 2019, que significaba estar de acuerdo con el famoso artículo 4 que

establece que “los ciudadanos tienen el derecho de combatir por todos los medios, incluida la lucha armada...” En nombre de esa Constitución se ha dado la orden de enfrentamiento entre cubanos, no olvidemos también esta vez que ese no es el camino. El Apóstol de Cuba, que según los cánones gubernamentales hoy sería disidente (yo creo que más bien sería manifestante del 11J) nos dice con su claridad eterna: “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad”. Y por si no es entendido el lenguaje religioso (no porque hable de pecado, sino porque también implica el perdón y la reconciliación), podemos decir que la división de los hombres en bandos es un crimen contra la humanidad.

¡Cuba duele! Hoy más que nunca. El pueblo clama libertad sin necesidad de plataformas digitales ni planes desestabilizadores desde fuera. No busquemos más culpables irreconociendo que de falta de libertad padecemos todos. No seamos jueces unos de otros; si no tenemos el valor de pronunciarnos, respetemos a quienes ponen alma, corazón y vida por nosotros. No sucumbamos ante las mentiras que pueden engañar a unos, pero no a todo un pueblo. Recordemos que aquí los discursos siempre han ido por un lado y la realidad por otro. Resonarán por siempre en mi mente y en mi corazón los gritos de libertad, pero libertad sin ira, sin violencia, sin golpes ni vandalismo. Cuba nos convoca a la libertad con paz, con diálogo, con justicia.

Ya Cuba no será igual que antes. Exijamos el diálogo como la única salida para este problema de raíz, nunca el enfrentamiento, porque “La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tienen la frente manchada de sangre” (José Martí). Recemos con el Evangelio de ayer: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla” (Mt 11,25), esa que no cesará de seguir reclamando paz, justicia y libertad para Cuba. Julio seguirá siendo mi mes favorito, y 2021 parece que será el año de la claridad en Cuba.

### **¡Paz y bien para Cuba!**

Los sucesos del 11 de julio han dejado una huella profunda en la ciudadanía. Descritos como lo que son, un momento inédito en la historia de Cuba desde 1959 hasta la fecha, han sido objeto de múltiples debates, han generado diversidad de opiniones, pero, sobre todo, han conducido a un aumento de la vigilancia, la violencia y la represión como escarmiento.

Circula por las redes una frase usada en repetidas ocasiones, que ha salido a relucir con ahínco por estos días: “prohibido destruir amistades por causa de la política”. La política, esa ciencia que intenta organizar a las sociedades humanas a través de los gobiernos, también se ha encargado en Cuba de separar a las familias en bandos. El modelo de un “hombre nuevo” que se intentó construir durante años, bajo los presupuestos ideológicos del sistema político, ha considerado como enemigo a todo aquel que muestra disenso, incluso en el seno de los hogares, donde el ejercicio de la crítica y el

debate público tienen también sus tijeras. Esto significa que, no solo los amigos, sino las propias familias se pueden resquebrajar en situaciones tan difíciles como las que vivimos. Corresponde discernir exhaustivamente los caminos a seguir, pero siempre en función del diálogo y la paz.

Después del 11J, fecha del estallido social por mucho que se quiera negar su naturaleza y alcance, hay cinco elementos negativos que se han exacerbado. No significa que estuvieran ausentes anteriormente, sino que se han fortalecido con esta situación de crisis. Me refiero a la violencia, la censura, la vigilancia, la represión y la cárcel.

**La violencia** puede presentarse de varias formas: física, verbal, psicológica y mediática. Aunque la primera es más explícita por los evidentes signos del maltrato, siempre minusvaloramos que la violencia verbal puede sostenerse más tiempo y ocasionar otro tipo de daños. He leído muchas publicaciones de personas enormemente preocupadas por la violencia generada en las manifestaciones del 11J cuando algunos ciudadanos asaltaron tiendas, volcaron autos en la vía pública, o lanzaron piedras contra algunos establecimientos. Valga aclarar que siempre en menor medida que los cientos que reclamaban en las calles libertad al grito de no tenemos miedo. Las actitudes violentas no son correctas, y son condenables en cualquier sociedad. Ese no es el camino, ni los métodos a emplear si se quiere llegar a un proceso de reconciliación nacional. Claro está que, lo que sí se necesita es voluntad, esa que a veces notamos escasa, sobre todo, cuando a la violencia se responde con más violencia, y a la manifestación pacífica también se responde con violencia.

No he visto que todas esas personas que abogan por la paz, y ponen de ejemplo la violencia desatada por sus conciudadanos civiles, al menos refieran también la violencia militar que se ve en las imágenes de las redes, de los testimonios de quienes estuvieron y de algunos de los detenidos que ya están en libertad. La espiral de violencia en Cuba alcanzó un máximo el 11J, pero es un recurso habitual para imponer el orden y la fuerza de una ideología. El llamado es a la paz, al diálogo, a la reconciliación y al amor entre hermanos de una misma tierra, independiente del color político con el que se identifique. La violencia existe, y debe ser desterrada del *modus operandi* cubano.

**La censura** tiene sus tentáculos muy largos en Cuba ahora. Si antes se extendía hacia los medios independientes, alternativos a la prensa y medios de comunicación oficiales, ahora puede llegar hasta el perfil de cualquier ciudadano común, sin afiliación a grupo de la sociedad civil u organización partidista. De hecho, ha sido uno de los métodos empleados para coartar la libertad de expresión, la emisión de la verdad de lo sucedido el 11J y días siguientes, la entrega de evidencias para los procesos legales abiertos contra los manifestantes pacíficos.

La censura por parte del gobierno, a través de los policías cibernéticos o censores digitales, bajo la supuesta concepción de que es el pueblo "revolucionario" y enardecido quien toma la iniciativa por cuenta propia, es un viejo método que incrementa su vitalidad en tiempos donde incluso escribir, o

ser testigo fiel de los hechos, puede convertirse en delito. La censura existe, y debe ser desterrada del modus operandi cubano.

**La vigilancia** se ha incrementado. El silencio que habita las ciudades se nota forzado, enrarecido por la grisura que le acompaña. El rostro de un militar en cada esquina denota que el orden que se proclama está marcado por la presencia militar omnipresente en todos los ámbitos de la vida civil. La imagen de los parques con muchos policías, o personas que sin uniforme trabajan en el sector, no revela más que una cosa: la ciudad tomada. Tristemente es una realidad común a lo largo de la Isla, que se sostiene porque también se sostiene, desde la más alta dirección del país, que lo sucedido en días anteriores ha sido obra de un grupo de vándalos y "confundidos" al servicio del enemigo.

Si los vigilantes revelaran con sinceridad el estado de la cuestión, saldría a flote que, el estallido social, fue la consecuencia de la crisis insostenible y acumulada del país, que se unió a la falta de esperanza de cambios reales, y de políticas públicas encaminadas hacia el bienestar del pueblo. Otra variante, unida a la censura, es la vigilancia en el ciberespacio, ese otro recinto donde confluyen, a veces, más criterios, que en el ambiente presencial. La vigilancia es real, y debe ser desterrada del modus operandi cubano.

**La represión** que ha tenido lugar estos días en Cuba ha sido brutal. Como solo tengo 34 años (y lo aclaro para quienes dirán que en el machadato y durante la dictadura batistiana fue peor), no he visto ni en imágenes de archivo, mucho menos a tiempo real, tanta represión en mi país. Mis ojos, como pienso que los de cualquier cubano sensible, con capacidad para reconocer los errores de un lado y de otro, nunca vieron tanto golpe, tanta herida, tanta violencia en las calles, que ahora se reafirma que no son de todo el pueblo.

Eso no lo puede inventar ningún ciudadano, ni hay que reconstruir los hechos, basta mirar solamente las imágenes que cualquiera pudo grabar desde el balcón de su casa, desde la reja que limitaba el campo de batalla del espacio un poco más seguro del hogar, o la película de aquel nefasto domingo vivida en primera persona por quienes lograron no caer en la lista de los detenidos, pero estaban allí, ejerciendo el derecho a la manifestación, amparado en la Constitución de 2019. Muy mal anda un país que, en lugar de llamar a la cordura, al entendimiento y la paz, da la orden de combate, siembra el odio entre sus coterráneos, y después se retracta de palabras, pero los hechos no demuestran el predominio ni de la justicia, ni de la verdad, ni del amor fraterno. La represión es real y de amplio espectro, y debe ser desterrada del modus operandi cubano.

**La cárcel**, la apertura de procesos legales arbitrarios, las detenciones posteriores al domingo 11 de julio para abrir investigaciones buscando culpables, responden a la misma agenda de socializar el miedo y poner de ejemplo y escarmiento para todo aquel que intente ejercer los derechos que la propia Constitución reconoce. Para unas cosas se esgrime la Carta Magna, fundamentalmente cuando se refiere a artículos como el famoso artículo 4 que legitima la violencia; sin embargo, en lo

referido a derechos constitucionales la letra puede ser ambigua porque se entra a debatir el porqué de una manifestación, el sentido de la palabra escrita, la necesidad real de asociación, y la quintaesencia de las cosas, para llegar a formular el cuerpo de un delito que pueda conducir a la cárcel.

Así se encuentran muchos cubanos hoy, adultos y jóvenes, universitarios, artistas, intelectuales, obreros, toda gente sencilla cuyo mayor delito pudo ser el de creer que Cuba ya había llegado a la democracia. Dios los acompañe, y les dé fuerzas a ellos y a sus familiares, para sostener la verdad que es lo único que nos hará libres. La cárcel, los enjuiciamientos injustos y las sentencias arbitrarias son mecanismos actuales para atajar el estallido social, y deben ser desterrados del modus operandi cubano.

La política, en sentido estricto, no es quien divide a los amigos y a las familias. Tengámoslo en cuenta. No vaya a ser que, por seguir una idea o una persona, que no representan los intereses de la *polis*, perdamos la paz que solo pueden dar los amigos y las familias, ese primer espacio de libertad y democracia con el que todos contamos. ¡Paz y bien para Cuba! ¡No más violencia, censura, vigilancia, represión y cárcel en esta tierra!

### **Un consenso de mínimos**

En estos tiempos de definición de roles y posicionamientos en Cuba, donde parece salir más a la palestra pública (dígase familia, amigos, ambientes de trabajo) el tema político, motivado por las protestas del 11J y los escenarios futuros, se escucha hablar con frecuencia de la necesidad de unirnos. Y se habla de la falta de unidad en el tono en el que nos fue explicada en los textos de historia, como una de las causas del fracaso de las grandes gestas, o de los pequeños proyectos que impulsarían procesos más trascendentales. Quizá una unidad monolítica, una unidad sin matices, una unidad ideal. Sin embargo, quedarnos con esa visión de la unidad necesaria, es reducir el fenómeno a un concepto o consigna con una aplicación nula.

Debemos partir de tres premisas que son esenciales a la hora de juzgar si hay o no unidad en la sociedad civil cubana:

1. La unidad y plena coincidencia en todo no existe, ni es posible. No ocurre ni en la pareja, ni en la familia, ni en el trabajo, ni en la vida de la Nación. De hecho, es lo mejor para la salud del tejido social.
2. La unidad en la uniformidad es propia del totalitarismo y las máscaras políticas. Si pretendemos alcanzarla así, estamos proponiendo los mismos métodos que en otras ocasiones criticamos y conocemos que no han rendido frutos ni abundantes, ni provechosos.

3. La unidad debe ser construida respetando la diversidad. La conjunción de estos dos factores garantiza la calidad democrática y respeta los derechos y las libertades de toda persona humana.

Uno de los pasos en la búsqueda de esa unidad en la diversidad en Cuba, ahora mismo, es aprender a construir consensos, a establecer mínimos comunes que nos convoquen en torno a la en mesa, y no nos disgreguen más aún. Pero ¿a qué nos referimos cuando hablamos de un consenso de mínimos? ¿Cuáles serían los principales pasos para alcanzarlo?

Hablamos de un consenso de mínimos cuando varias personas o grupos de actores sociales diferentes deciden seguir el siguiente itinerario en la búsqueda de una meta común, y superior a los intereses personales o de cada grupo por separado:

1. Buscar o definir aquello a lo que aspiramos y no debemos abandonar (la meta).
2. Poner sobre la mesa las diferentes ideas sin censura ni ataques, de modo tal que haya total libertad para la emisión de criterios.
3. Desechar todos aquellos elementos que nos dividen, es decir, aquellos en los que no podemos ponernos de acuerdo.
4. Debatir y dejar bien definidos sobre la mesa de diálogo todos aquellos puntos en los que coincidamos.
5. Asumir como consenso de mínimos aquellos puntos que más coincidencia han alcanzado una vez realizado el ejercicio participativo y consciente de cada ciudadano convocado al debate.

Ahora bien, una vez entendido y logrado el consenso de mínimos, debemos estar conscientes también de su utilidad para la construcción de programas políticos, educativos, económicos o sociales con un gran apoyo entre diversos grupos. Los mínimos consensuados pueden generar un clima de trabajo basado en objetivos comunes, sin tener que distraernos en lo que nos divide, y avanzar hacia lo esencial.

En esta hora de Cuba la unidad en la diversidad y los consensos de mínimos parecen estar resucitando. Ya hay algunas señales. Basta saber si estamos dispuestos a poner sobre la mesa todo lo que nos une en busca de una meta común más alta: la anhelada libertad y la convivencia pacífica y civilizada.

### **Cuba: hora de no dejarse confundir**

En 1998, durante la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba, Monseñor Meurice pronunció unas históricas palabras, en la Misa en Santiago de Cuba, que describen una realidad persistente por décadas en nuestro país. El valiente obispo decía: “Le presento... a un número creciente de cubanos que han

confundido la patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido las últimas décadas y la cultura con una ideología”.

Es triste constatar que la vida en esa confusión perenne ha propiciado la construcción de un ser humano despersonalizado, separado de su esencia humana, y analfabeto ética, cívica y políticamente. Es penoso confirmar que esa confusión cobra ahora, incluso, mayores niveles dados los nuevos liderazgos y métodos de gobierno. Es difícil analizar el proceso por su multicausalidad en medio de una sociedad cerrada con líneas de pensamiento predefinidas e impuestas.

Los últimos acontecimientos que ha vivido Cuba han contribuido a exacerbar esa confusión, lejos de desenmarañar el problema y buscar una solución por los caminos de la verdad, el entendimiento y la claridad en las ideas y proyectos.

Confundir la Patria con un partido, que como su nombre lo indica, constituye una representación de la sociedad, una parte, y no toda ella, es excluir a un grupo de hijos de esta tierra. Tan hijos son los unos como los otros. En nuestro caso tiene lugar la exclusión de todos aquellos que no consideren que las líneas de un único partido, de corte comunista, puedan representar la pluralidad de pensamiento y propuestas de una sociedad tan heterogénea como cualquier otra, con la diferencia de los negativos indicadores de calidad democrática. La Patria es de todos, piensen del color que piensen, y defiendan la opción que sea, siempre por los caminos de la paz y la convivencia civilizada.

Confundir la Nación con un proceso histórico de seis décadas es un reduccionismo excesivo. Si bien las seis décadas parecen mucho tiempo cuando analizamos el ejercicio democrático, la alternancia en el poder y los efectos del totalitarismo, son, a la vez, muy poco tiempo para definir el concepto mayor que es Nación. La Nación se alza sobre los pilares fundacionales de justicia, igualdad social, libertad y pensamiento avanzado a cargo de sus padres fundadores que aportan al acervo de la Patria la génesis, la tradición y el ejemplo de lo que se puede lograr cuando se piensa en la Patria en primer lugar. La Nación no es la Revolución. La Nación tiene que ser entendida como el conjunto de personas que comparten un mismo origen y que se reúnen en torno a una comunidad social en la que la organización política respeta la independencia y soberanía de las demás comunidades y de sus propios ciudadanos.

Confundir la cultura con ideología es limitar al máximo la diversidad, poner a competir una idea versus el conjunto de todas ellas que desembocan en costumbre, tradición e identidad. Es anular, prácticamente, el acto de la creación humana libre y espontánea. Es notar peligroso aquello que constituye una riqueza. Es ver un enemigo en el arte libre, que se expresa y vuela, que convoca y proyecta, que sirve de voz para muchos de los que no tienen, no pueden, o no quieren alzarla, pero desde el silencio impuesto o escogido, se sienten identificados con las causas justas.



Vivimos unos tiempos de confusión total, de ambiente enrarecido por la propaganda, el sensacionalismo, el discurso de odio y la división de la sociedad por motivos políticos, aunque ellos sean los innumerables o últimos en mencionar. Esa es la realidad; pero estos son tiempos también de mucho autoanálisis, mucho discernimiento, y mucho sentido común, para no caer en el juego de hacernos eco de lo que no queremos.